

Diana Ospina Obando

PASAJEROS EN TRÁNSITO

ICONO •

Contenido

La casa del terror	11
Antesala	15
Instantáneas de viaje	21
Esperanza de vida	37
Equipaje de mano	41
<i>Saudade</i>	49
Naufragio en la pecera	55
Interiores	65
Preludio	71
Así lo conté	75
La verdadera historia	87
Apnea	95
Compras de domingo	101
La fiesta	113

LA CASA DEL TERROR

CUENTAN QUE A algunos pueblos y solo a ciertas ciudades llega, a veces, una ciudad de hierro que posee una atracción especial: una casa del terror única en su género. Sus métodos son mucho más efectivos que los de la competencia.

En ella no hay proyecciones fantasmales danzando ni extraños sonidos de cadenas. Mucho menos muchachos de turno disfrazados de sanguinarios asesinos, persiguiendo a los incautos espectadores con falsas sierras eléctricas.

En esta casa del terror, por el contrario, quien ha decidido aventurarse solo por sus oscuros corredores deberá enfrentarse con intrincados y sombríos temores. De las paredes apenas visibles surgen manos de desconocidos deseosas de tocar, de tocarte. No parecen querer asustarte, solo buscan acariciar. En ocasiones empiezan con el rostro y entonces es fácil aun que mantengas la calma. Delicadas manos te alisan el pelo, te rozan la mejilla. Una que otra comenzará a aventurarse más abajo a medida que avanzas extrañada porque tal vez, y solo tal vez, no entiendes bien lo que está pasando. ¿Cuándo se iniciarán los alaridos, las luces rojas, las imitaciones de cementerios baratos?, te preguntas alarmada. Para entonces, alguna mano —aparecen por todas partes— te tocará el pecho.

Un momento después avanzas y sientes que otra mano se desliza por la espalda, quizá demasiado abajo. Sobresalto. Parecen multiplicarse. Cuando crees percibir que se acercan de manera peligrosa a tu sexo, el sorprendente encuentro con lo que parece un cuerpo desnudo que se escabulle entre las penumbras te paraliza. ¿Y ahora qué? No sabes si continuar o no. Regresar, más que imposible,

se te antoja ridículo. Tienes una risa nerviosa. Tomas valor y continúas.

El segundo encuentro con otro cuerpo lo ignoras con parsimonia. El tercero parece más largo. Inquietante.

El cuarto consigue hacerte sentir un lento y continuo escalofrío. Para cuando te das cuenta, ya tú también deseas. ¿A qué o a quién? No lo sabes con certeza. No hay tiempo para pensar. Crees vislumbrar una pequeña luz al fondo, justo cuando una boca desconocida se acerca a la tuya. Sí, se acerca y te besa. Es un beso profundo, diferente, prolongado. Saliva, escalofríos, temor. Al final, quedas sola, percibes a lo lejos la luz de la salida. Tú no estás segura de querer irte. Caminas y te sientes abandonada y triste. Nada tiene sentido. Inquieta, angustiada, quisieras preguntar algo en la taquilla, pero la señora gorda te mira con cara de pocos amigos. Otros, los que aún no ingresan, sonríen inocentes frente a la puerta de la casa.

Entonces te vas, te vas rápido. Asustada, te alejas. Fue un sueño, fue mentira. No pasó. Intentas reír. No quieres recordar. Ya casi consigues no pensar más. No sentir tanto miedo, tanto horror, porque todo fue muy extraño, muy dulce, muy oscuro y misterioso. Casi, casi... como el amor.

ANTESALA

ENTRA AL CUARTO con los ojos desorbitados.

—Traigo compañía —dice.

Yo apenas puedo mirarlo. Estoy cansada después del viaje en bus. Horas de estar sentados en unos puestos incómodos, observando un paisaje lejano a través de vidrios polarizados. Decidimos parar a dormir bien y descansar un poco. Conseguimos hospedarnos en un pequeño hotel de carretera que descubrimos por casualidad. Estaba sucio y deteriorado, pero no teníamos más para escoger. Así que aceptamos quedarnos en una estrecha cama de metal a punto de desmoronarse.

En algún momento él se despertó y quiso ir al baño. Yo estaba entre dormida y despierta, en ese estado en el que se nos confunden los sueños con la realidad. Entrecerraba los ojos y me sentía caminando por una carretera que parecía interminable. Me desperté con el inicio de la tormenta. Miré a mi lado: él no había vuelto. Me sumergí entre las sábanas de colores, asustada por los truenos, los rayos, el frío y la extrañeza de que no hubiera regresado todavía.

Cerré los ojos y volví a ver la carretera; ya no caminaba, corría, corría desenfrenada mientras el espacio se deshacía. Esta vez me despierta, entra al cuarto con los ojos desorbitados y un frasco de cristal en la mano.

—Tenemos compañía —dice.

Me acerco. En el interior del frasco de cristal hay un alacrán. Horror.

—¿Para qué lo trajiste?

—Lo encontré en el baño. Lo iban a matar, pero no los dejé; pobre animal. Mañana veremos qué hacemos con él.

—Yo no quiero que esté en mi cuarto, yo no quiero que esa cosa esté a mi lado mientras duermo.

A él le da risa.

—¿Y cómo crees que se va a salir del frasco? A ver, ¿cómo?

La lluvia se hace más fuerte. Dejamos de hablar porque ya ni nos oímos. Estoy enojada. Miro el alacrán dentro del frasco puesto sobre la mesa de noche. Está quieto y con el aguijón erguido; parece furioso. Juro que él también me está mirando. Procuero volver a dormir, pero no puedo. Se me mezclan el temor de la tormenta, el cansancio, la rabia y el sofoco que me produce ahora el calor de su cuerpo al lado del mío.

Intento concentrarme en algún recuerdo agradable para poder dormir; poco a poco empiezo a sentir cómo se relaja el cuerpo y los sonidos parecen alejarse lentamente. Afuera, la carretera, campos interminables de trigo. Sobre vuelo el paisaje. El cielo azul, las nubes. Hay un olor dulce que lo impregna todo, como a magnolias. Estoy tranquila. De pronto, las nubes se oscurecen. Ya no planeo. Me precipito en una caída infinita. Miedo, todo está negro. Abro los ojos asustada y me percató con horror de que el frasco se destrozó al caer de la mesa: el alacrán no está. Aturdida aún, intento despertarlo, pero no reacciona. La luz no enciende, tengo miedo de bajar de la cama, de respirar.

Él sigue sumido en un sueño profundo o, de pronto, quizás esté muerto. Tal vez el alacrán ya lo picó y es solo cuestión de horas para que comience a ponerse frío y morado. Tiemblo. Me siento ridícula. Respiro. Busco calmarme.

Todo parece una pesadilla absurda. El cuarto, sin la luz encendida, se me antoja más pequeño y sucio. Los rayos de luz que se cuelan por la ventana iluminan pedazos de la

pared y del piso. Algunos trozos de cristal brillan, desparrramados por el suelo. Por un instante me parece ver la figura del alacrán moviéndose, escabulléndose, esperándome. No puedo respirar. Abro la boca e intento dar un grito. Silencio.

Todo parece girar y deshacerse. Reconstruyo, una por una, las pequeñas circunstancias que se unieron para llevarme hasta ahí, hasta este hotelucho en medio de la nada donde un alacrán da vueltas bajo mi cama de metal. ¿No pueden acaso subir por las paredes?

La lluvia continúa inclemente.

Tengo que salir de aquí. En un movimiento rápido, llego hasta la puerta. Salgo. No me preocupo por cerrar tras de mí. Bajo las escaleras, que parecen interminables, hasta llegar a la entrada. No hay nadie. Salgo. La lluvia me cae sobre el rostro y desciende por mi cuerpo, mientras la piyama se me adhiere a toda la piel; siento el pavimento duro contra mis pies descalzos. Empiezo a correr, a correr cada vez más rápido. De pronto me detengo y lo entiendo todo. Esto no es más que la continuación del sueño: yo corriendo, la carretera, la lluvia... Es idéntico a mi sueño.

¿Y si el alacrán también forma parte de él? Intento despertarme. ¿Cómo saberlo? Al reconstruir los hechos todo parece demasiado absurdo, no puede ser real. Una pesadilla, claro, una pesadilla con él muerto sobre la cama, la noche oscura y yo corriendo sin rumbo bajo la lluvia. Pero, insisto, no puedo despertarme. Quizá lo mejor sea regresar. Al hacerlo, me parece que el aviso del hotel está ligeramente torcido y que las cortinas que vi rosadas ahora son azules. ¿O siempre tuvieron ese color? O, tal vez, esto demuestra que sigo soñando, que estoy atrapada en una pesadilla ridícula. Subo las escaleras. Llego al cuarto. Ahí

está él; no se escucha nada, ni el sonido de su respiración. Me acerco a la cama a ocupar el sitio que había abandonado. Estoy empapada. De pronto, siento un ardor en la planta del pie, un ardor que me sube por el muslo y me paraliza. Me acuesto como puedo. No grito. No me quejo. No tengo miedo porque en los sueños no se muere; no tengo miedo.

A lo lejos veo la carretera cubierta de trigo, a lo lejos veo la carretera, a lo lejos...